



ENTRE DOS FRONTERAS

Pedro J. López Correas

ENTRE DOS FRONTERAS



Primera edición: junio 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pedro J. López Correas

ISBN: 979-13-88195-78-5

ISBN digital: 979-13-88195-79-2

Depósito legal: M-14956-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A los que nos precedieron, para lo que somos...

ÍNDICE

Capítulo I Mis primeros años.....	11
Capítulo II La huida de San Victorián	43
Capítulo III ¡A Saraqusta!	73
Capítulo IV Junto al rey el <i>Batallador</i>	109
Capítulo V Saraqusta se hace cristiana.....	143
Capítulo VI En busca de Mireya	177
Capítulo VII Hacia la reconquista del Jalón.....	215
Capítulo VIII ¡Cutanda!	253
Capítulo IX El regreso a Jaca.....	291
ANEXO PERSONAJES HISTÓRICOS POR ORDEN DE APARICIÓN	329

Capítulo I

Mis primeros años

Mi historia podría asemejarse a algunas otras en estos tiempos de perturbaciones, en que los desenvaines de tizonas se adelantan inmisericordes a las avenencias y rezos. Pero, de vuelta a mi Jaca familiar y refugiado del frío invernal en este año de Nuestro Señor de 1120, ¡cómo no voy a contarla! si el empuje viene dado por las de mi finado abuelo Fortún de Bergua y las machaconas de mi tío Pedro, hermano de mi madre Fátima. Así pues, a ello me dispongo no sin antes corresponder a mi nombre de Ramiro, que aun nacido en Bailo, siempre me ha gustado anteponer el de mis ancestros de Bergua. Y aunque no conviene adelantar, todavía se me eriza el vello con el recuerdo de una colosal batalla que mis ojos vieron en un lugar fronterizo llamado Cutanda. Yo estaba convencido, y seguro que mi rey Alfonso —el gran y fornido *Batallador*— también, que a partir de entonces los tiempos ya no serían los mismos...

Sobrevine al mundo en el año 1100, cuando algunos monjes ultrapirenaicos se abalanzaban sobre este pequeño reino, apegados a las profecías del abad benedictino Adso de Montier de la llegada del Anticristo, haciendo mártires a todos los cristianos, y del final de los tiempos (aprovechando la redon-

dez del año que relucía). Pero el caso es que nada de eso pasaría, y con apenas 15 años mi madre me traería a la vida, para continuar con mis hermanos Nuño y Blanca, cinco y seis años después. Mi infancia transcurriría con placidez y sin grandes sobresaltos, la posición acomodada de mis padres ayudaría, en mi natal Bailo y siempre al cobijo del amor de madre. Mi padre Fortuño, del linaje de los Juanes y de rico patrimonio en Alquézar, no faltaba al regazo de las cabalgadas y campañas de nuestro rey Alfonso, al igual que antaño haría mi abuelo Galindo. De buen fondo, pero de rudas formas, mi paterno se obstinaba en hacer de mí un caballero acreedor a los honores reales. Sin embargo, mi cerrazón a sus designios se convertiría en trastoque, súbito a más ver, de mi existencial devenir.

Los inviernos se hacían crudos, y la compañía de la nieve asidua. Aunque lo peor eran las fuertes celliscas que ni siquiera salir de casa dejaban. De todas formas, de leña y fuego no estábamos faltos. La llegada del buen tiempo suponía el despertar de los sentidos, y aun zagal disfrutaba de mis escapadas en borrica hacia el Cerro de las Colladas, donde montes y hondonadas aprovechaban la gratitud acuosa de no pocos manantiales y barrancos. Y donde hayedos y abetos en las alturas compartían paisaje con hierbas de belladonas, cordoneiras o frambuesas y sauces en los bajos despejados. No obstante, esas vistas a hurtadillas con las que yo mismo me agradecía no le pasaban inadvertidas a mi hermano Nuño, que también gustaba de escapadas sin notificar. Un día, tendría yo unos 13 años, él marcharía con su amigo Leandro a pescar en el cercano río Asabón (con rústicas cañas y algunas lombrices a modo de cebos conseguían algunas pequeñas truchas que nunca traían a casa para no ser descubiertos). Pero en ese día, un resbalón de Nuño le hizo caer al río y los alaridos de Lean-

dro, loada sea nuestra santa Orosia, alertaron a mis oídos, que por ese lar me encontraba. No tardé en lanzarme al agua y un leño atrancado ayudó al rescate. Un fuerte y aliviador abrazo entre ambos lo remató.

—¡Me has salvado, hermano! ¡Me has salvado...! —repetía una y otra vez mi remojado fraterno.

—Vamos a hacer un fuego y secar nuestra ropa, que seguro los dos estamos en pecado con nuestra madre —le contesté yo.

—Lo que digas..., lo que digas..., Ramiro —tiritando como un poseso.

—Menos mal que no está padre, si no, el castigo sería de lo más azuzado —acabé diciendo.

Al llegar a casa, todavía mojos y empapados, el susto de nuestra madre Fátima quedaría aminorado al vernos, a la vez, de lo más sonrientes. Después de unos achuchones cariñosos (diría que más algodonados los míos, al saber de mi altruismo), vendría el merecido castigo. Para mí el peor de todos: impedido al próximo viaje a Jaca, del que tanto aprendía con mis tíos Íñigo Umar y Pedro, y tan deleitosos, igual que atípicos, postres manducaba con mi abuela. Pues esta, también Fátima, tenía raíces islámicas de Rueda, ahora minúsculo y fortificado reducto de los Banu Hud. A pesar de todo, algo sí aprendí esa jornada de remojón; y lo aprendí en los ojos de Nuño. Me miraba como un héroe, su paladín impertérrito para toda la existencia. A partir de ese día, esos óculos me marcarían de por vida. Pues a la sazón, sin tan siquiera yo saberlo por mi juvenzuela edad, quería verlos más veces y en más gentes. Debería prepararme para amparar y favorecer en sabiduría, sin ser maestro; en religión, sin ser monje; en armas, sin ser soldado; en manualidades, sin ser artesano... Una mezclanza

rara, pero impresa sin remisión y llena de vitalidad futura.

De mis viajes a Jaca siempre venía provisionado con algunos escritos de saberes. Los de medicina de mi abuelo Fortún y de geografía de mi tío Pedro eran los que más me gustaban. Sobraba invierno para que no fueran engullidos, como si de indigente hambriento se tratara. Por lo que sumaba otro motivo más para ir a Jaca, con algarabía contenida por sí, de algún castigo fuera merecedor, no se tratara de este. Del mismo modo, dicho itinerario obligaba la mayoría de las veces a dar descanso a las caballerías y, lo que era mejor, a nuestras propias almas en el Monasterio de San Adrián de Sásave (sede de obispos cuando Aragón era condado y germen de reino; y, también sede oculta —tenía oído de siempre— del Santo Grial a raíz de la conquista de Huesca por los musulmanes, allá por 714). Pero lo importante, lo crucial era la magnífica biblioteca de dicho monasterio y, no menos, mi amistad con fray Lope, cuidador de la misma, al observar la avidez con la que me movía por sus armarios y estanterías, dando igual cualquier asunto o temática. Y, a la vista de mi madre —aunque no en la de su prior—, me dejaba llevar algunos códices de tratados de la antigüedad clásica, árabes o de fenómenos de la naturaleza que en el siguiente viaje le devolvía con promesa a santa Orosia, mi devota protectora.

La vida en Bailo se hacía placentera, el ruido de espadas y almajaneques nos pillaba ya lejos. Los almorávides bien guarecidos en las murallas de Saraqusta desde 1110 no aspiraban al riesgo de las tierras altas. Por su parte, nuestro rey Alfonso seguía abrumado con los problemas de rebeldía por tierras de Castilla y León a raíz de su matrimonio con Urraca de León en 1109, y en el que ambos pactaron la soberana potestad en los territorios del otro. Así que, por estos años, igual

podía estar por Nájera o Burgos como por Belorado o Sahagún. Campañas que, a buen seguro y en más de una, estaría mi padre Fortuño como señor y tenente de Alquézar que era desde el 1112, sustituyendo a mi abuelo Galindo, por lo que le debería las consabidas contraprestaciones. Así que el lugar no dejaba de crecer con nuevos molinos, almazaras, hornos, fuentes y hospitales a la sombra de ser lugar de peregrinaje al Camino de Santiago. Yo disfrutaba con los laboreos de campos, las terrazas en laderas y los deseques de lagunas, pues a la proporción había que alimentar a más gente, sin olvidar mis correrías por los huertos, cada vez más expansivos. Pero a mí lo que más me gustaba eran las pillerías con mis amigos Rodrigo y Mendo, y también Talesa, la más prudente de los cuatro, importunando, sobre todo, al carpintero Arnold —un franco de Oloron— al que siempre le hacíamos desaparecer sus leños y tueros, que dejábamos en la puerta del vecino que peor nos caía, Ortí el herrero...

En verdad y cada vez, mi cerebro ya no era el mismo después de visitar a mi familia jaquesa. Mi mente se abría a otros mundos y mi corazón se ensanchaba a otras gentes. Por eso, al intuir que podía ser una de las últimas sin despego progenitor, me imbuí de las vivencias de mis consanguíneos. Eran otro código no escrito que no podía desaprovechar... Llegado ese día, mi madre y yo nos presentamos en el barrio de Santiago de la primitiva capital del reino, la ciudad de Jaca. Y corriendo a más no poder, no medí bien la fuerza del aldabonazo, abriendo la puerta mi abuela Fátima al pronto turbada, pero al tris besucona.

—¡Ramiro, hijo! —acordonado sin huida posible—, ¡Fátima...! —que al no ser un imberbe me incomodó un tanto, pero agracié en el fondo.

—¡Oye, madre...! ¡Que yo también he venido...! —dijo garbosa, mi progenitora.

—¡Para ti, después, ja, ja, ja...! —contestó mi abuela, riendo—. Pero entrad, entrad...

Enseguida nos percatamos que estaba sola en casa, puesto que Íñigo Umar se encontraba en algún quehacer galeno, y Pedro, a buen seguro, acondicionando su nueva vivienda en el barrio de San Nicolás, cerca de la catedral, el cuarto vástago le empujaba a ello. De su otro hijo, Sancho, apenas sabía nada. Como hombre de armas, sería asiduo en las campañas del monarca y nada desdecía que no siguiera feliz con su esposa Velasquita en Ejea. Un té aromatizado con azahar para mi madre y un zumo de frutas, que me dijo que respondía por *sharabs* —aunque no me enteraría por avidez de ingerirlo—, para mí fue su ritual de bienvenida. Porque, incluso cristianizada, tenía muy acendradas las costumbres islámicas. Después de un rato, mi madre quiso ir a la calle la Población, donde tenía unas amigas, y con ellas ir al mercado al coincidir con la mejor de las horas, quedándome a solas con mi abuela, lo que ni por asomo quise desaprovechar, ya que, incluso en edad cincuentona, no perdía un ápice de esbeltez y cultura.

—¿Cómo el destino te trajo a Jaca, abuela? Siempre lo he querido saber —fue mi primeriza pregunta.

—Vaya, Ramiro, sí que te veo crecido para escrutar en la fatalidad de los demás. Cada paso es insondable si no damos el siguiente, jovenzuelo. Y eso hicimos tu abuelo Fortún y yo misma. Él, galeno y cristiano jaqués, y yo, islámica e hija de un alfaquí de Rueda. La ley en contra, mi padre en contra y la sociedad enervada...

—Entonces... —me precipité a interrumpir.

—Déjame seguir... Entonces tu abuelo se insufló de un vigor que él mismo desconocía; siempre decía que la santa Orosia y el Cristo de la Cruz unieron sus fuerzas para dárselas a él. Era un gran cirujano conocedor de la ciencia árabe de Abulcasis y al-Kirmani, muy por delante a la cristiandad, y eso le daría gran prestigio en la corte Banu Hud del gran al-Muctádir. También ayudaría su intervención para que el monarca saraqustí no muriera en un atentado...

En este punto no pude menos que volverla a entorpecer.

—¡Salvó a al-Muctádir de morir! —realcé todo alborozado.

—Sí, por una guerra fratricida con su hermano al-Muzza-far, de la taifa de Lérida. Pero si te cuento esto, no te cuento lo demás... —dicho con cierto retintín.

—Lo demás, lo demás... —me apresuré a decir.

—Mi padre me llevaría hasta Sevilla para casarme con un pariente de Aznalcóllar. Pero tu abuelo no se rindió, recorrió medio al-Ándalus para rescatarme. Por el camino se topó con reyes: Alfonso VI de León, al-Mutámid de Sevilla, al-Qadir de Toledo, con caballeros como el Cid o Álvar Fáñez..., y no hace mucho, como ya sabes, tu abuelo nos dejó, allá por 1114. Su añoranza es grande, pero su recuerdo alegre. ¿Y ya ves el resultado?, mi bisoño nieto.

—¿Cuál? —pregunté cándido.

—¡Pues que tú estás en este mundo, ja, ja, ja...! —riendo como una poseída.

Algo contrariado por su risa, no me arrugué con más preguntas.

—Cuándo rezas, abuela Fátima, ¿a quién oras, a Dios o a Alá? —le planteé de sopetón.

—Tantos años en Jaca, querido nieto, ya te lo puedes imaginar. Me gusta ir a la Catedral de San Pedro, pero también

rezo en las nuevas iglesias del barrio franco del Burgo como San Esteban o San Andrés. El amor no forzado tiene un gran poder, Ramiro —en este punto no quise interferirla por mis deseos de que lo dijera al soplo—, el de actuar y sentir según la libertad interna. Pero también te digo que no pocas veces me recojo mirando hacia La Meca o Córdoba y rezo la *salat*, mis cinco oraciones diarias, y lo hago en honor de mis padres que me dieron la vida. Al igual que pienso que tú no te puedes quejar mucho, ¡puesto que bien te comes mis dulces arraigados! —y los dos sonreímos—. Todos estamos amojonados por el mismo Dios, si de hacer el bien se trata.

La paz y calma que mi abuela creaba con su tonalidad de voz siempre me había llamado la atención, pero esta vez mucho más. Porque ya no era un joven crío, y ella también lo percibía por su forma de mirar y decir. No obstante, su semblante sosegado sufriría una brusca mudanza al ser preguntada por Yasira, Indulgencia para los cristianos, finada por 1103 cuando su edad ya era la de casar. Un indefectible golpeo de los que no se ven, empero sí percibí, estuvo a punto de desmoronarla. Pero no.

—Yasira, siempre jovial y alegre, dejó un gran vacío en nuestras vidas. El desgarró fue, si cabe, todavía mayor cuando la asistencia de los dos galenos que tanto la querían, Fortún su padre e Íñigo Umar su hermano, no pudieran salvarla, cuando ellos mismos tantas vidas han revivido. Unas fiebres y unas manchas rojizas se la llevaron al cielo. El sino así lo quiso y así debemos aceptarlo. Lo que todavía no hace Jimeno de Artasona, enamorado de ella hasta la melopea, el cual sigue por ahí dando tumbos y desvariado.

Al pronto, chispeándole ya los ojos, quedaría en silencio, lo que aproveché para abrazarla y besarla. Sin más dilación y

queriéndola dejar sola, para que su rebrotado dolor de madre esponjara y no lacerara en la herida de sus entrañas, marcharía al mercado con la excusa de buscar y ver a mi materna.

En realidad no quería tropezarme con mi raíz, sino darme un paseo en solitario, como antaño hacía por el Cerro de las Colladas, pero hoy a pie y sin mi querida borrica; va para dos meses de su muerte. Aunque la finalidad última sí era incrustarme en la algarabía y bullicio del mercado, lo que terminaría haciendo. Para ganar tiempo intenté penetrar en la fortaleza real, que flaqueaba un extremo del lugar de mercaderías, sin conseguirlo. Así que fui andando por la arteria eclesial de las iglesias hasta llegar a la catedral. Y aquí sí pude entrar, pidiéndole al Cristo de la Cruz que fuesen los que fuesen mis derrotos, mi eventualidad y mi rumbo que en sus manos dejaba, viera los ojos de Nuño las más veces y en los más seres dables. Pues, ya casi hombre, iba acreciendo en mí esa percepción de contrapunto al maligno y de que tenía que haber tizonas —no necesariamente de hierro— para combatirlo. Salí de la catedral insuflado de ánimo y brío.

No era la primera vez que me perdía en el mercado de Jaca, y en mi retina guarecían los empujones entre los comerciantes por ocupar el mejor puesto; así como sus desmedidos gritos, diría que hasta bramidos, por llamar la atención de clientes y transeúntes. Empero, esta vez, mi agudeza me hacía ver otros contrastes entre los mercaderes. Sobre todo, como los cristianos norteños se orientaban más a la guerra (espadas, cuchillos y lorigas, entre otras armas) y los moros del sur más a la paz (paños, sedas, especias y hasta dinares de oro). Pero, a volumen y a diferencia de mi humilde origen, el rezume de belleza de las mujeres que veía con sus capachos de esparto o mimbre me tenía deslumbrado. Del todo, ya tenía edad de libido. No

era raro ver en el mismo puesto a cristianas con judías o moras, y esa beldad que transmitían las francas o itálicas... Desde luego, el Fuero a Jaca (otorgado por Sancho Ramírez en 1076) supuso un gran avance en lo que hoy es la ciudad, contribuyendo a la llegada de numerosos pobladores ultrapirenaicos, casi todos mercaderes y comerciantes. A todos ellos les dotaba de libertad y hacía excedentes en hueste, les garantizaba su patrimonio y libraba de cargas; en definitiva, les preservaba de seguridad jurídica. En este batiburrillo de clamores y tendertes, con sonrisa interiorizada, me iba moviendo por estrecho pasillo, cuando pasaría algo del todo inesperado...

Al ser ya demasiada la marabunta, decidí marchar. Pero al bajar unos peldaños empujé sin querer a una muchacha de melena áurea y de esbeltez remarcada, tirándola al suelo. Yo pensaba que ella veía por dónde andaba y que el esquivar era de lo más sencillo. Pero no. Ganándome fuertes improperios de la que parecía ser su madre, y con un lenguaje del que no llegué a entender del todo, me precipité a levantarla. Con gracilidad, propia de los mismos ángeles, aceptó mi mano salvadora y con la más dulce de las tonalidades me dio las gracias. Tan repentino todo, no pude reparar bien en sus ojos, mas algo distintos sí los vi porque la acompañante, con impulsos tenues, la hizo aligerar. La vi marchar hasta perderla de vista. Ya sin remedio, mis entrañas de lo más agitadas y mi corazón de lo más turbado.

Conforme regresaba a la casa familiar, un reconcome ali-caído y una alegría henchida se iban turnando al paso. Desde luego, era un estado ignoto al que no estaba dispuesto a renunciar ni a olvidar. Para ello debería pasar más tiempo en Jaca, a lo que la complicidad de mi abuela Fátima ayudaría... No obstante, petición que retrasaría al ver a mi madre cariacontecida por mi retraso. En estas, santa Orosia así lo quiso,

llegaría mi tío Íñigo Umar con sus muletas, y ya cualquier explicación de mis andares pasaría a ser rescoldo.

Haciéndose la hora de preparativos del almuerzo (la comida fuerte del día), las dos mujeres se fueron raudas hacia el fogón del hogar, quedándome a solas con mi tío Íñigo, y este, por los ojos con los que yo le miraba, sabía que no me iba a quedar callado. Descubierta mi suerte, él mismo me daría el primer pie...

—No te quedes sin decir, sobrino. Yo a tu edad también quería acopiarme de experiencia y saberes, ja, ja, ja... —lo que me apuntó con buen palmetazo, que me reaccionó.

—Tío, mi madre me tenía dicho que lastimaste tu pierna zurda en una batalla. ¿Cómo pudo ser si eres galeno y tu dedicación es aplicarte en curar?

—Bueno, Ramiro, las flechas no entienden de ramos ni oficios. Un dardo llovido del cielo fue a parar a mi pierna que ves incompleta, y hubo que cercenarla como regate a la gangrena. Haciéndolo, salvé la vida y el espíritu. Así lo aprendería tu abuelo Fortún de Hipócrates y yo de tu abuelo.

—¿Y dónde fue? —remaché.

—En Viadangos, cerca de la leonesa Astorga, allá por el otoño de 1111, y en el trasfondo de las desavenencias de nuestro rey Alfonso con su esposa Urraca de León, una trama orquestada por Diego Gelmírez, obispo de Compostela, y Pedro Froilaz, conde de Traba. Como siempre, el *Batallador* saldría vencedor en la colisión de tizonas, aunque no así mi pierna. Prosigo... para acallar tu oscuridad. Dichos rebeldes, y con la reina a la cabeza, reclamaban los derechos de sucesión para Galicia en la figura del hijo de esta, Alfonso Raimúndez (por entonces de seis años), nacido del primer enlace con Raimundo de Borgoña; este y por el designio de Cristo, Nuestro

Señor, moriría en 1107. Lo que suponía un acto de felonía y conculcaba los pactos sellados con su padre el rey Alfonso VI. El monarca aragonés no podía hacer otra cosa que defender sus intereses y entremedio esa flecha que sobrevino a mi pierna... Pero la historia de esos años es más intrincada, con idas y venidas y con reconciliaciones de por medio. Ya la irás conociendo —lo que me contó sin un ápice de resentimiento por su maltrecha fortuna.

Íñigo, al ver que yo persistía en fijeza y un silencio de lo más interesado, se obligaría a extender su verbo.

—¿Pero sabes qué fue lo mejor, sobrino?

—¡No, tío...! —le exclamé.

—¡Estás ante un caballero del rey Alfonso! —y levantándose presto, me enseñaría una reluciente espada—. Mis piernas son testigos de las andanzas de nuestro rey. No hay camino, hasta pedregoso, que no reconozcan mis suelas. Desde al-Ándalus a León y desde Aragón a Castilla, las vistas de sus ojos fueron también las mías. Y mis servicios médicos siempre a disposición de sus guerreros. Pero lisiado, mi cometido es ya del todo imposible. Sin embargo, no quiso tenerme en el olvido, y mis servicios recompensados con esta tizona de caballero, incluso siendo hombre inerte y alérgico al dolor proveniente de la guerra. ¡En mi corazón no cabe honor más grande!

Todavía impresionado por la nobleza alcanzada por Íñigo, las voces nacientes de la cocina sobre, definitivamente, qué postres alistar me darían una sacudida por mis entresijos. Porque la imagen de la joven a quien ayudé a levantar en el mercado no dejaba de subrayar mi mente con un balanceo que hasta llegaba a trastornar. Todo lo cual expuse a mi tío con celeridad, ya como galeno, en pos de alguna receta curativa.

—¡Vaya, Ramiro!, has podido caer en las garras del amor...

—comenzó diciendo con sorna cariñosa—. Yo poco te puedo ayudar y tú tendrás que descubrir. Los errores enseñan y el riesgo hace crecer. Acércate más veces por el mercado e intenta hablar con ella con alguna excusa. A lo mejor la propia empieza a sentir lo mismo que tú...

—La última vez que la vi quedó frenada a la altura del vendedor de sedas, creo que judío por su kipá —fueron mis palabras.

—¡Ah...! A lo mejor es Jeziel. Tiene tres hijos y los dos más pequeños, Moshé y la niña Avivah, nacieron a la vez, precisando de mi socorro en el momento del espinoso parto; sobre todo, a la hora de poner las bolas de plomo en los ombligos y fajarlos para que no se deformaran las extremidades, todo por la negación de su médico judío, Saulo, creo que se llamaba. ¡Por santa Orosial, que todo salió bien.

—Por el mismo Yahveh, ¿le negó su ayuda? —repliqué, dejando al lado el tema que me atañía.

—Por ignorancia, Ramiro, por ignorancia. Hay quien ve el nacimiento de gemelos como un adulterio, como un pecado..., siendo uno de ellos producto del marido y el otro del amante. Y por su intransigente moral hubiera dejado morir a esos niños. Pero volviendo a lo que te afana, pregunta a Jeziel si sabe de la muchacha y, mayormente, no olvides decir que vas de mi parte.

—¡Lo haré, tío! ¡Lo haré...! —todo sobrecogido por la posibilidad de estirar mi cognición.

Un grito que no sabría discernir si de madre o abuela era nos haría pasar a la cocina y abandonar el espacioso salón. Para entonces ya sabía que mi tío Pedro y su familia no vendrían, ya que les apetecía el disfrute de su nueva vivienda. Al igual que siempre hacía, la raíz culinaria andalusí de mi abuela salía

a relucir en el primer lazo comunitario. No es vano decir que la ansiedad se hacía grande conforme se acercaba esa hora. Y hoy, incluso acometido por un singular embate interno, no iba a ser diferente. Ya sentado, no pude remediar dar un primer mordisco a un pan blanquecino de trigo, que interrumpí al ver llegar una sopa caldosa de sémola de arroz; una pasta de fideos (*fidavs*) abarrotaría de nuevo el plato, la cual —y a mi pesar— no terminaría para tener estómago para las sabrosas *bundiqa*, unas bolas de carne que esta vez eran de vaca. A la llegada de los postres vi a mi tío Íñigo aplaudir, pero a mí solo me quedaba espacio para una almojábana (torta frita de queso blanco con canela y miel). Mientras la mesa se llenaba de dulces como buñuelos (*al-sfani*) y pestiños (*al-zalabiya*), y de frutos secos como castañas, nueces y almendras. La compañía de un dulce vino terminaría por adormecerme, pero como ingente guerrero victorioso todavía podría llegar a mi catre sin ayuda.

Al día siguiente, hasta sabiendo que tenía que rendir visita a mi tío Pedro y a su extensa familia, mis borceguíes no pudieron remediar el rumbo hacia el mercado, a lo que yo tampoco pondría impedimento alguno. Llegado al tenderete de paños y sedas de Jeziel, con una batahola de latidos que pensaba me espantaría el habla, finalmente tuve los arrestos que mis botines me habían insuflado.

—*Shalom aleikhem* (la paz sea contigo), señor. Me llamo Ramiro —fue mi timorata presentación.

—*Shalom aleikhen, bajur* (joven), ¿en qué te puedo servir, Ramiro? —significó él.

—Bueno, vengo de parte de Íñigo Umar de Bergua. Es mi tío —me precipité a decir para soltar todos mis nervios.

—En ese caso lo que es mío es tuyo también —saliendo de su puesto para darme un fuerte abrazo.

—En realidad, Jeziel, así sé que te llamas, mi búsqueda nada tiene que ver con tus telas y rasos. Es un interrogante que mi alma conlleva y me obliga a descubrir —fue mi prístino verbo.

—Si el mejor galeno de todo el reino de Aragón, ese que siempre llevaré dentro de mi corazón, te ha mandado a mí, algo sí que podré hacer —apostilló él.

—Ayer mismo, por desvaído, propicié el derribo de una joven muchacha de melena más clara que el sol y una voz aterciopelada; si bien, precisé, con cierta nebulosidad en sus ojos. Iba acompañada de mujer en años y en tu puesto las vi contenidas. Quisiera saber más de ella para precisa y cristiana disculpa —fue la excusa como tapadera de mi rubor.

—¡Ah, sí...! —con gracejo delator de mi oculta tapa—, se trataría de Almandina e iría con Orpesa, su madre. Vienen a menudo a comprar paños y tisús. Proceden de la Occitania franca, de Cahors con precisión. Lo sé porque mis cuchillos son del taller de su padre, Galter. Su problema visual no aminora un ápice su belleza, quizá ello propiciara lo que adivinas como desdichada vaguedad, ja, ja, ja... —carcajeando como un verdadero rufián, pues ya denotaba sin ambages lo que yo me resistía a destapar—. No desesperes en tu contrición, Ramiro. Todos los jueves suele acercarse por el mercado y raro es que no me haga una visita; eso sí con su inseparable madre. ¡Ya sabes qué día es mañana!, y aquí estaré para lo que necesites... —con sonrisa pícaro en la que a mí no me importó participar.

—*Toda* (gracias), Jeziel. Mañana será un buen día para vernos —fue mi escueto adiós.

Al marchar, no pude despegar la desazón al pensar en sus problemas de visión.

Aunque la despedida fue serena, por los adentros era todo nervadura. No podía esperar el amanecer siguiente sin más, y

decidí visitar a mi tío Pedro y su familia en su nueva casa del barrio San Nicolás. Por el camino, el pensamiento de si tendría que aprender obligatoriamente lengua occitana para entenderme con Almandina ocuparía todo mi transitar. Porque ahora sí sabía cómo se llamaba...

A mi tío Pedro de Bergua lo tenía en el zócalo de mi admiración. No solo por compendiar un montón de saberes y haber sido guía del *Batallador* por esas tierras de Castilla y León que tanto importunan a sus planes de soberano, sino también, y creo que más, por mis ojos no ampliados todavía a la vida madura, al arrebatar una princesa a los Banu Hud de la pequeña taifa de Rueda. La princesa Amira, hija de Saif al-Dawla (Zafadola para los cristianos) y nieta del rey Abdelmalik, hasta 1110 régulo también de la taifa de Zaragoza, haciendo de su testarudez y porfía aragonesas una victoria a un prohibido amor. Unas piedras mal apiladas en la puerta de la casa denotaban todavía cierto grado de terminación y eso, sin duda, me ayudaría a su fácil reconocer. Y el repiquetear en la lustrosa argolla de hierro del portal sería, sin temor al equívoco, el primer asomo de mi presencia, siendo el pequeño Fortún el que se adelantaría a abrir la puerta...

—¿Quién es, hijo? —se oía a su madre.

—¡El primo Ramiro! —agarrándose a mi pierna, lo que también harían sus hermanos Gadea y Alfonso.

Amira, con una afable inclinación de cabeza, me haría entrar y sentar, lo que pude hacer incluso sin poder despegarme de criaturas tan excitadas, a las que yo también molestaba con carantoñas y pellizcos. Al poco, mi mano sostenía un refrescante y más que delicioso *sherbab* de frutas, y que, a pesar del tambaleo por la batahola, conseguí salvar de su derrame gracias a la intercesión de la santa Orosia... Se veía vivienda con

hechuras y de alto nivel como correspondía al estatus adquirido por tan estrecha relación con el rey Alfonso. Dos plantas la conformaban, y de la más alta bajaba mi tío Pedro para darme el más efusivo de los abrazos.

—¡Estás hecho ya un hombre, Ramiro! ¡Mi sobrino predilecto...! —sin dejar de darme palmetazos en la espalda—. Mi quehacer estaba en el remiendo de la cuna de madera que da felicidad a la casa, ¡Inés, nuestra pequeña, que pronto alcanzará los cinco meses de vida! A los demás ya los conoces.

Entonces intervino Amira.

—Esos que no te dejan mover, Ramiro, ya los tenemos crecidos en salud. Fortún tiene seis años; Gadea, cuatro, y Alfonso, que ha dejado de ser nuestro párvulo, dos. Por el Dios que nos acoge, todos sanos e íntegros.

—¡Y por la santa Orosia qué también! —añadiría mi tío de lo más risueño.

La vida de mi tío Pedro estaba ya muy condesada, todavía sin llegar a los 25 años. Y mi calenturiento cerebro, que siempre se agitaba con su presencia, se mostraba de lo más afanoso en el intento de sonsacarle porción de sus vivencias. Los lloros de Inés, que obligaron a su madre a su atención, me darían la oportunidad perfecta.

—Tío, los rezos dispares prohíben los vínculos, ¿cómo saltaste esa barrera, con flecha encimada a las alturas? —fue mi directa pregunta, cuando yo además podía estar, sin saberlo, en el albor movedizo de un incipiente amor.

—No te andas por ramajes, ¿eh, sobrino? Mira, persistir es el camino del logro. Y si al logro no se llega, queda siempre la hombría de haberlo acometido; aunque en ello hagamos exposición de la vida que el Cristo de la Cruz tuvo bien en dar hálito, la cual de nada nos sirve si el intento no existe. Yo

estuve preso dos veces: la primera, en las mazmorras de la Aljafería de Saraqusta, por avisar a Amira del peligro que corría, al igual que todo su linaje Banu Hud, con la irremediable llegada de los almorávides, allá por mayo de 1110, y siendo acusado de espía; y la segunda, en el más que inexpugnable y sólido castillo de Rueda cuando mi razón estaba obnubilada por la pasión y detrás de la princesa iba como un poseído descarriado, máxime porque sabía su corresponder, y siendo acusado de zafio e indigno.

—Entonces, tío Pedro, ¿cómo lo conseguiste? —arrojando con inmediatez la pregunta para que su narración no tuviera pausa definitiva.

—¡Pues a la tercera probatura, Ramiro, ja, ja, ja...! —ya riendo—. La rapté, ja, ja, ja... —carcajeando más fuerte, lo que haría llegar a Amira, que lo último sí oyó.

—¡Pero porque yo me dejé secuestrar...! —intervino la esposa, sonriendo.

—Lo definitivo sería que su padre, el príncipe Zafadola, se rindió a mi tenacidad y perseverancia: *Que para muchos de sus hombres querría* —llegó a decir—, e, incluso, desterrando a su hija, con gestículo amable la despidió, ya convencido de que, siempre sin embozos, antes mi dolor que el suyo y antes mi muerte que la suya —dicho con tal firmeza por mi tío, obligándome al instantáneo apaciguamiento de un naciente brote lacrimoso.

Amira, que atentamente todo lo escuchó, con un casto beso lo agasajó.

Estuvimos un rato más, hablando de sus andanzas por Wasca, hoy felizmente cristianizada, por Saraqusta, por tierras de Castilla y León junto a nuestro rey Alfonso, y por Navarra detrás de un primo rebelde de Atarés, y eso siempre que los

más parvos Alfonso y Gadea no interrumpieran. Haciéndose ya hora tardía, para que abuela y madre no se preocuparan, decidí la marcha, no sin antes oír el dilatado lloriqueo de Alfonso por la misma, pero llevándome en el zurrón las enseñanzas de mi tío Pedro de Bergua, amén de sus empeño y pertinacia de una parte, y su bonhomía en el querer y expresar de la otra. Y de nuevo, como furiosa ventisca, la imagen melodiosa de Almandina se empeñaba en inundarlo todo y yo me dejaría arrebuja...

A la mañana siguiente, en hora temprana, ya me encontraba por las cercanías del mercado al atisbo de Almandina y su madre, siempre a distancia para no servir de atención. Pero a ninguna de las horas aparecieron, lo que me llevaría a reflejar mi frustración con Jeziel, que él calmaría mi chasco con sosegada voz.

—Aún queda toda la tarde, *bajur* —me remarcaría.

—¿Y si cambian el día o ya no vienen más? —fue mi contestación nervuda.

—Vendrán, vendrán... —aseveró—. Tú preocúpate de acercarte cuando lo hagan ellas.

Con inclinación de testa, me volví a mi barrio de Santiago.

Por fin los rezos a la santa darían resultado cuando la tarde parecía echar su celosía. Atisbándolas, como águila acechante, aprovecharía una casualidad fingida para hablar con el pañero. Pues allí estaban ellas también. Y allí me presenté yo...

—¡Ah, Ramiro...!, *érev tov* (buenas tardes). Él es sobrino del mejor galeno del reino de Aragón, Íñigo Umar de Bergua. A lo mejor ya le conocéis... —les denotó Jeziel, con disfraz de gran sorpresa.

—Hasta entrada en años, hay caras que no se olvidan. ¡Su descuido derivó en percance a mi hija! ¡Todavía le quedan

marcas y rasguños de mal curar! —endilgó Orpesa sin medición de enfado.

—*Perdon meas duas dames...* —me esforcé en apaciguar.

Vocablos aprendidos en tanto instante de espera, y de los que enseguida me desprendí por atemperar el que parecía iracundo genio de la madre.

En esos momentos me sentí ridículo y perdido. Lo que en principio me parecía, ¡eso sí!, un difícil acceso a una loma o un cerro de esos que hay por mi Bailo naciente se convertía ahora en una montaña del todo inaccesible. A lo que ayudaría, sin agarradero posible, mi juventud y poca experiencia en estos aprietos. Pero algo lo cambiaría todo...

—No te preocupes, Ramiro. Fue más culpa mía que tuya, debí suponer tu caminar y yo lo intercepté. Las heridas ya curarán, peor son las del alma. Me llamo Almandina —cosa que ya sabía—, y no hagas mucho caso al genio de mi madre Orpesa, ella solo quiere protegerme. Además, tu voz concuerda con la avenencia y la sinceridad. Recuerda que ya me ayudaste a levantar. Más no pudiste hacer... —chispeando una sonrisa acompañada de un ademán al aire que a mi hombro fue a parar.

En verdad, sus palabras me volvieron gallardo y mi espera no malgastada. Percibí que su visión era restringida y cierta en desvarío, lo que a ella poco le importaba su afectación. Pero fue desprender su aura y quedar prendado como el martillar a su yunque. Siempre era mi pretensión ver la dicha en ojos ajenos, pero esta vez, y por santa Orosia que no lo entendía, la algazara existía en la hondura de los míos. No sin ahínco, y obstruyendo el ruido borboteado de mis tripas (del que pensaba que toda Jaca se iba a enterar), algo más, fuera de lo deslavazado tenía que decir, y dije:

—Agradezco tu comprensión, Almandina. Y si el agravio con enmienda lo puedo compensar, aquí estará mi humilde persona para lo que preciséis. Del mismo modo, agradezco a la providencia la benevolencia de permitir que dos caminos coincidieran en uno... —y más sentir se concatenaba sin freno de continuación, cuando de un tajo su madre se la llevó.

—¡Vámonos, Almandina! ¡Que, sin aprensión, el jacetano está resultando zalamero...! —sin saber siquiera que era de Bailo.

—*Adiu*, Ramiro —desprendió ella.

—¡Nos veremos, Almandina! —proyectando la despedida a su corazón, al igual que un almajaneque lanza su piedra contra firme muralla.

Ya a solas con Jeziel, quise saber la localización exacta de Almandina dentro del barrio franco de El Burgo. Lo que el judío gentilmente me proporcionó no sin cierta escama por el discurrir de mi pensamiento; tranquilizándolo, ya que nada maléfico suponía. Y, por buen afín, aún añadiría algo más.

—En ese barrio de los francos tengo un amigo por si tienes necesidad. Se llama Elies Forner, es también judío y uno de los horneros que existen y el de mejor pan. Si mi nombre oye, todo estará de tu parte —me significó verbal.

—*Toda* de nuevo, Jeziel. Mi amistad aúno a tu dispar rezo —le precisé, sin quitar mi mano diestra del corazón.

—*Al lo davar* (de nada), *bajur* —resolvió él.

Un abrazo selló nuestra separación.

No pude resistirme y con el paso más firme que mis borregués daban de sí presto que fui al Hospital del Camino, ya muy mejorado desde sus inicios con el infante García. Mi tío Íñigo era el remiendo de muchos peregrinos y sabía, por la hora tardía, que lo encontraría allí. De mi secreto de amor, él

era mi confesor. A toda luminaria, ahora mismo lo cardinal dependía de su ayuda...

—¡Ramiro, sobrino...! ¡Me alegra verte, pero no toques a los afectados! Mira este, se llama Adalbert y es de Montpellier. Sus llagas en los pies lo tienen postrado. No obstante, ya con menos dolor e hinchazón; sin embargo, el sangrado todavía no remite. Hoy le he aplicado té verde, ayer fue zumo avinagrado de manzana. E, importante, siempre venda nueva, sobrino. Sin embargo, a lo que has venido no es al aprendizaje de remedios, ¿o mi intuición anda imprecisa? —fue su salve, acompañada de aderezo galeno que agradecí.

—Para nada, tío, todavía sin compartir horas de familia, no te alejas de mi semblante. Se trata de Almandina, la muchacha de la que te hablé... —le expuse, mirándolo con fijeza a sus ojos por si repulsión trascendía.

—Por consiguiente, no te quedes sin relucir. La muleta no será impedimento —levantándola rumbo al cielo— en acudir a tu socorro —contestó de lo más risueño, lo que me aliviaba de toda duda.

—El percance con mi persona le ha derivado en algunas secuelas, tío, como unos moratones que le afean su pierna izquierda y unos rasguños en su brazo derecho. Lo que con buena cura pueden sanar. Y luego..., luego están sus ojos, que solo de muy cerca puede cerciorarse de objetos y contornos. Lo que en las manos de Dios Salvador queda. Si fueses a constatar, ya sabes que el cielo me acercarías... —poniendo fin a mi acontecer.

—Ergo, malandrín, habrá que ir a constatar, ja, ja, ja... — con buen palmetazo en el lomo.

Sabiendo del gorgoteo de mis tripas, mi tío determinó ir a El Burgo a la mañana siguiente. El sonido de cuchillos agu-

zados nos haría ver que estábamos ante el aldabón de su vivienda. Mientras mi tío hacía presentación ante un confuso Galter y no menos perpleja Orpesa, yo preferí no descubrirme y esperar lo acaecido al escudo del horno de Elies Forner, que ningún impedimento opuso al presentarle mi amistad con Jeziel.

—Soy Íñigo Umar de Bergua, por la gracia de Dios galeno y caballero de nuestro rey Alfonso de Aragón y Navarra. Sé que vuestra hija Almandina requiere de algún tratamiento, y ese es mi mandado a cumplir —con tal convicción, que cónyuges tan absortos ninguna réplica le opusieron.

A Orpesa no se le escapaba que detrás de mi tío estaba yo, pero prefirió guardar silencio y aguantarse cierta rabia. Mientras, Almandina vio en su llegada mi sombra de amor. Todo por antojo del destino, que tropezarnos quiso. La respuesta de su refulgir la esperaba, comido por la ansiedad (pues no había recodo que desandar), con el retorno de mi enviado familiar.

—¡Buen topetazo llevas, muchacha...! Pero no te preocupes, el remedio es de los fáciles. La enmienda para brazo y pierna es diáfana; los mismos se untarán —ya mirando a la madre— de cebolla; esa fina tela que el cebollino tiene entre capa y capa es la que hay que dejar. Calma el dolor, limpia lo pernicioso y, en su caso, ayudará a cicatrizar.

—Gracias, señor. El tiempo también hará su encargo...
—verbalizó Almandina casi balbuceando.

—Veamos ahora tus ojos —prosiguió mi tío.

—¡Dios la castigó por algún pecado! ¡A la par que crecía, su visión se desvirtuaba...! —aireó su padre.

—Si esa fuera la causa, ¡todos estaríamos cegados! A lo mejor el yerro está en descuidarla de cría: los golpes, las malas comidas o los infestos también son causas. Pero lo ocurrido,

ocurrido está —prorrumpió Íñigo de lo más serio, defendiéndola.

Orpesa, entonces, emprendería un lloriqueo mudo, como si se sintiera culpable de algo que solo ella sabía.

—Bueno, Almandina, tu borrosidad es difícil ya solventar, pero con algunas atenciones —ojeando de nuevo a Orpesa— unos alivios se pueden conseguir. En las comidas va bien la zanahoria, como fructuosamente saben estos árabes que han invadido nuestras tierras, y el arándano. Asimismo, la frotación de los óculos con manzanilla y ortiga puede reactivarlos y hasta, con la ayuda de Dios, mejorarlos —ultimó Íñigo de prescribir.

—Todo así lo haré —expresó la madre, todavía compungida.

Antes que las despedidas tuvieran lugar, y aprovechando que sus paternos discutían por algo, Almandina pudo transmitirle unas palabras a mi tío:

—Dile a Ramiro que sin conocerlo como una mujer tiene que conocer a un hombre, ya lo llevo en mi corazón. Comprenderé que yo sea un estorbo en el suyo, pero tu presencia aquí es el acto más generoso que una humilde persona como yo puede recibir. Rezaré por él y en mi ser persistirá sin borrador alguno. Y pensaré, como parte de mí, lo afortunada que será la mujer que le proporcione hijos y felicidad —alejándose ya repentina con alguna lágrima naciente.

Ya juntos en la tahona de Elies, y mientras el judío nos obsequiaba con unas ricas rosquillas de aceite al horno —que decía ser para las grandes festividades— y un no peor vino *kboser* —puro por el precepto judaico—, mi tío Íñigo todo me contaría. Y si ya antes Almandina tenía agarrado mi corazón, a partir de ahora, sin remisión posible, del todo encarcelado.

Entonces Elies, que todo tenía escuchado, quiso añadir algo que hasta entonces no sabíamos.

—Me consta, y no soy el único, que cuando la muchacha tenía 4 o 5 años, no más, se cayó por las escaleras de su casa y se dio una buena mochada en la cabeza. De lo más percatado son las dos alturas de la vivienda, abajo el taller de los cuchillos y arriba la vida familiar, y en los peldaños de esta ocurrió todo. Infundió o no, se dijo que la madre la empujó en el trasiego de un enfado. Pero ¿sabéis qué fue lo peor...?

—¡Dilo! ¡Dilo! —le espeté, enardecido a más poder.

—De ello, Ramiro, hicieron un secreto, no llevándola a ningún galeno, que a través de indicaciones certeras se hubieran paliado las resultas. Mi hija, Leeba, tiene su misma edad. Al efecto, un día jugando todo le contó —ya anudado por cierto ahogo.

—Vaya con la madre. De ahí la oscuridad de su gimoteo...
—clareó gestual mi tío Íñigo.

—Mi horizonte sí que es tenebroso, tío. Con tales padres y con sus disminuidos traslados, solo santa Orosia puede obrar un milagro —ya de lo más afectado.

Entonces volvió a surgir el hornero Elies Forner como un verdadero ángel de la guarda.

—¡Y Yahveh también lo puede provocar! ¡No seas sarraceno, jovenzuelo, ja, ja, ja...! —ante mi cara absorta—. Almandina, raro es el día que no viene a hablar con Leeba. Son amigas y es su rato de libertad. Casi siempre antes de los almuerzos. Mi casa queda a tu disposición, rufián, ja, ja, ja...
—volviendo a reír con más gradual—. Tu amistad con Jeziel da para esto y mucho más.

—¿Puedo empezar con mi agradecimiento? —le pregunté.

—Puedes —contestó el hornero.

Abarcándolo con tráfago del alma.

Con la connivencia de mi abuela y de Íñigo, a mi madre no le quedó más remedio que regresar en soledad al cuidado de mis dos hermanos pequeños. Igualmente, me convertía en asilado circunstancial en casa de mis tíos Pedro y Amira si de alivios a arrechuchos de amorío se trataba. Porque con el desmadre de mis sobrinos, ningún otro resquicio quedaba para maléficos sentires. Sin embargo, de fijeza pertinaz era mi cadencia horaria al horno del judío Elies, el cual nos preveía de un habitáculo en donde un montón de trigo hacía compañía, aunque, a veces, con la decepción como respuesta. La largura de cada jornada parecía no tener fin, pero no extenuaba el deseo de ambos por cada anhelado y, a la vez, suspirado encuentro. Así, la cautela de los primeros días daría paso al arrebatamiento; con caricias y besos, y respetando su honra, ya no eran recatados. Pero un día Almandina, con un sesgo menos reluciente que el de costumbre, quiso decirme algo:

—Ramiro, amor, no soy mujer que pueda hacerte feliz. No podría atenderte en todas tus necesidades. Tus caricias hacen ver tu rostro, pero no lo veo como tú mereces. Tus besos me adentran en tu ser profundo, en donde solo hay reflejo de magnanimidad y rectitud, y lo veo como dicen que hay estrellas y lunas por las noches. Pero yo te fallo, Ramiro. Tendrías que ser mi bastón y te cortarías los acicates de tu vida. Debes dejarme, abandonarme... Yo ya he sido feliz cada instante contigo, y eso me servirá de deleite cada hálito que Dios, Nuestro Señor, me haga proporción de aquí en adelante. Hazlo, hazlo... Ramiro, por el bien de tus hijos futuros y por el bien de tu propia vida —cayendo entonces en un profundo llanto que quiso tapar con sus manos.

No podía dejar que el desvarío de su corazón se abalanzara también sobre su razón. Con presteza, debía colmar lo horadado y, raudo, a ello me aplicaría:

—Almandina, amor —al compás de su comienzo—, si Dios, Nuestro Señor, te ha puesto en mi camino, aunque sea a raíz de tirarte al suelo —lo que desembocaría en leve sonrisa—, y si santa Orosia que sabe de mis gustos de hembra también, no puedo derivar sus divino y santo designios en otra mujer que no seas tú. Aparca el delirio que ha embolsado a tu sentir porque, sin ninguno haberlo querido ni buscado, nos hemos atinado en este mar de gentes y etnias. Porque tu borrosa visibilidad es la que ilumina a la mía, porque yo seré tu báculo y tú el sostén de mi corazón. Y porque ya estamos en camino de ser respetados —le expresé con toda viveza posible.

Pasaban los días y los encuentros, conforme sucedían, eran un tránsito de ternura a apasionamiento. Llegué a pensar que sus óculos borrosos eran, con simpleza, causa de mi imaginación. Pues no erraba con el punto deseado de mis facciones, y sus labios siempre a los míos sin desatino alguno. Más de una vez nuestro amor estuvo más cerca que alejado de consumarse, pero por algún misterio que solo ella conocía un toquecito en la oreja me indicaba que frenase, lo que yo respetaba, pero no entendía, porque solo de pureza se alimentaba nuestro amor.

Uno de los días, Almandina no vendría. No le di demasiada importancia, pues si no lo usual, sí podía ocurrir. Además, la jornada anterior había estado, fuera de su costumbre, con rarezas. Le aprecié cansada, y con sed y hambre a la vez. Un persistente hormigueo en pies y manos me pareció de lo más extraño. Pudiera estar enferma, así que aguardar era lo que to-

caba. Pero que tres días seguidos y sin señal de pervivir fueran los que faltara ya no se sostenía en el terreno de la normalidad. Y Leeba sería mi socorrido recurso, yendo a casa de mi amada...

La espera no sería muy alargada, ya que hornero y cuchillero compartían proximidad, pero sí debo decir angustiada.

—¡Ramiro, Ramiro...! Almandina está encamada y muy enferma. No se le entiende lo que dice, aunque por sus gestos, indicativos sin torcedura, que supieras de ello —notició Leeba con rictus de lo más sobresaltado.

—¡Debe verla un galeno! ¡Presteza es poca en pos de mi tío...! —desgarré.

Sin permiso alguno, arreé el caballo del bueno de Forner, que a ninguna proscrición atendió.

No tardaría Íñigo en atender mi súplica. Pero la llegada a casa de Almandina de lo más extraña, con la puerta abierta y mucha gente dentro. Ya adentrados, la madre, Orpesa, llorando con los brazos en alto, mientras otras mujeres intentaban confortarla. En ese momento mi mundo se resquebrajó. Yo pensé, ya para mi eternidad asolada, que no era nadie ni capaz de nada. Se marchitó. Sin poder decirle adiós, sin ese último beso animado que le trasladara todo mi amor y le ahuecara en el propio cielo, se fue. Con su propia suavidad los ángeles se la llevaron. Se marchó. Pero esos angelicales no sabían que yo también quería ser acarreado para seguir con ella, para vivir con ella en la otra vida y para sentirme pleno con ella. Al irse, mi ser quedó vaciado y mis entrañas ya para avivar el fuego del mismo infierno. Mi santa no la protegió y mi armadura de nada le sirvió. Mi persona ya debía formar parte del más recóndito agujero en la faz de territorio más ignoto y desconocido...

Mientras yo me movía en la tristeza, y solo rezar sabía, Íñigo —como galeno que era— quiso profundizar en las causas de su fenecer (el camino ya había dado de sí para hablar de las extrañezas de Almandina). Con tacto la examinaría, llamándole la atención una jofaina con orina oliéndola, ya que emitía un fuerte olor azucarado, como a miel... Lo que crisparía a un exasperado Galter, que vio en ello la justificación para externar su frustración y echarnos de la casa. Pero el enfurecido no pudo evitar que con el último de mis ósculos llevara su espíritu a mi corazón y no habitara en padres tan descarnados.

Ya a la salida, adherido a un dolor que ahogaba, no tardaría a preguntar Íñigo.

—¿De qué ha muerto Almandina, tío?

—Parece ser con algo relacionado con la ingestión de alimentos, Ramiro, que por no ser los convenientes le han provocado un fatal ataque a su cerebro.

—Pero... ¡cómo es posible eso! —le espeté, sacando a relucir mi disgusto.

—El efluvio de esa jofaina, causa de la exclusión, parecía más el de un néctar dulce que el de una orina. Es como si lo melifluo y azucarado se hubiera apoderado de su sangre. Lo que yo he percibido, y tú contado, hacen coincidir en esto, sobrino. El árabe Avicena, en el pretérito tiempo, ya nos daba a entender la existencia de una enfermedad sanguínea en su *Canon del Remedio*, y que tan bien traducida al latín está en la biblioteca del Monasterio de San Adrián de Sésave, aconsejando como bienhechoras a las verduras, y lo que por aquí tenemos de ajos, cebollas y olivas, y como malquistas a las carnes y los postres almibarados. Su cerebro se vería incapaz de asumir tal abrasamiento líquido y estallaría.

—¡Mi vida ya infame y la malaventura, por siempre, será mi compañía...! —abrazando a mi tío como niño chico.

—Tu juventud, Ramiro, te repondrá. Tu corazón ha sufrido el batacazo más fornido posible, pero debes vivir por Almandina, que es lo que ella también querría. Te hará crecer y con ello tu espíritu más alcazaba ante los infortunios. Ya ves cómo es la vida, la muerte nos rodea. Las guerras y enfermedades nos embardunan y hacen gélidas nuestras existencias. Pero los que seguimos con aliento debemos laborar por el aliento de los demás. Tu amor ha sido puro y honesto. El Cristo de la Cruz y tu santa Orosia, a la que tanto oras, lo han visto, todos lo hemos visto. Más no se puede hacer, tú has procurado por ella, y ella hubiera dado su vida por ti. A ti te corresponde seguir, laurearla y pretender por los demás. Es lo que ella hubiera querido y lo que todos queremos —me trasladó mi tío Íñigo, con cariñosa vehemencia, sin dejar de tener sus manos sobre mis hombros.

Más que abrazarle, con salto repentino me agarré a su cintura —sin tirarle de la muleta—, como esas lapas rocosas que dicen existir en los fronteros con el mar.

Mi estancia en Jaca, ya perdido el sentido que tenía, hacía obligatorio el regreso a Bailo. Mi abuela Fátima, cuya verdad sabía, se desvivió unos días con sus postres y comidas andalusíes, las cuales, como menos usuales, más me gustaban. Sin embargo, todo era inútil. Mi cuerpo y, sobre todo, mi alma, pedían ya el irremisible retorno. Llegado ese día, todos mis familiares se agolparían a la despedida, incluidos mis primos Gadea y Alfonso, que un buen rato estuvieron aferrados a mis piernas para que ningún escape fuera posible. Pero, sabedores de ello, la sorpresa partía de Jeziel y Elies, estando presentes igualmente, y todo les agradecí. No quise apurar más el

retardo, que a instantes se hacía más punzante, y en soledad a mi origen cabalgué.

Al llegar, la familia estaba al completo con la presencia de mi padre Fortuño Juanes, lo que coincidía con algún descanso entre cabalgada y cabalgada. Mi progenitor siempre había querido que fuera un gran caballero como lo era él, ducho en armas y con capacidad para ordenar a un montón de guerreros para matar a otros. Pero yo siempre me alejaba de sus deseos. Todo hay que decir, con la ayuda de mi madre. Con los días, mi apatía y estado melancólico (arrastrado del barrio jaqués llamado El Burgo) le estomagaba a más. Una de las jornadas, mi paterno quiso llevarme a cazar por las montañas; las criaturas daban igual si jabalíes o corzos, pero evitando siempre a osos y lobos. Mas, y en verdad, su propósito era más ahondado...

—Ramiro, eres ya todo un hombre. Tus brazos ya capaces para blandir una tizona o arrojar lanzazo donde se precisare. Nuestro rey Alfonso requiere el servicio de miembros fuertes para su respaldo de conquista y para expulsar a tantos sarracenos que tan rodeados nos tienen. Aragón te necesita, el rey te necesita. Mi ascendiente Galindo ha sido caballero, yo soy caballero, tu destino no lo puedes declinar. Debes ser armado, no lo olvides, hijo.

Lo usual en estos casos era un gesto de obediencia o, en el peor de los casos, un silencio, pero llevaba dentro el amargor de Almandina, y esa rabia inyectada en el alma me haría contradecirle, en picado diríase, como águila lo hace al ver marmota errada.

—Padre, sé que te debo acatamiento, pero apelo a tu buen corazón. Solo por salvar a persona desvalida empuñaría un arma. Prefiero la palabra y ayudar con los dones que Dios me

dé. Estimo como propio el servir a nuestro soberano, pero en el encargo hay multiplicidad. El abuelo Fortún fue galeno, el tío Íñigo lo mismo, el tío Pedro, guía y sabio de las estrellas. Hay variados caminos, padre. Ahora busco el mío, pero antes debo despegarme de un dolor que todavía llevo apegado —le objeté de lo más convencido.

Ya en silencio, fue la vuelta a casa.

Al día siguiente se dispuso mi ingreso en el Monasterio de San Victorián, en el Sobrarbe aragonés.